

Sábado V de Cuaresma



23 de marzo de 2024

Ez 37,21-28

Jer 31,10.11-12-13

Jn 11,45-56

P. Eduardo Suanzes, msp

Es como el escenario de entrada, como el resumen de todo lo que sucederá la próxima semana..., a partir de mañana. Es como para que nos enteremos en dos pinceladas de las intenciones de Dios para con nosotros.

En la primera lectura, del Libro de Ezequiel, después de presentarle el Señor dos signos¹ al profeta (que preceden a lectura de hoy), le aclara qué significan, y el significado revela la intención de Dios para con su pueblo, para con cada uno de nosotros.

La clave de interpretación de esta parte del texto de Ezequiel es doble: a) el “**para siempre**” que se repite varias veces (en nuestros versículos y en los inmediatamente anteriores); y el que **Dios habitará en medio de su pueblo**. Y para ello **dará vida y unificará**: vida, porque el pueblo está muerto; y unión porque está disperso. Como que esa es la sensación que muchas veces tenemos nosotros: nos dispersamos interiormente y perdemos la vida cuando nos salimos de nuestro centro, de nuestra referencia, que es Dios.

Dios había dicho el «qué», pero nadie se imaginaba el «cómo». Por eso es que, según la usanza, muchos esperaban a un rey davídico que liberaría al pueblo de la opresión invasora; un mesías poderoso y guerrero que por fin instauraría la paz en Israel. Egipto ya había pasado a un segundo plano internacional, ya no era lo que era. Por tanto, este mesías... ¿aparecería contra los babilonios...? Pero nada. ¿Sería más tarde contra los griegos y los seleúcidas?...tampoco... ¿Aparecerá ahora contra los romanos, este imperio que los aplasta?

Es como la declaración de intenciones de Dios. Todo lo que hará Dios con la Encarnación del Verbo, con su pasión, muerte y resurrección, será el quedarse con nosotros para siempre, por toda la eternidad. Dios quiso tener «esa necesidad imperiosa» de darse y para Él es imposible no hacerlo porque es todo donación.

Está claro que Jesús está revolucionando la ciudad. Los romanos se van a enfadar y se va a armar una gorda; la gente empieza a seguirlo y con esto de la resurrección de Lázaro, que es *el colmo de los colmos*, el revuelo que se ha armado pone en tensión la ciudad haciendo que la gente empiece a decantarse por Jesús. Todos los días Pilato desde la torre Antonia, desde la que se divisa perfectamente la explanada del templo, está viendo cómo se está generando inquietud, observando movimientos de masas que van para un lado y luego para otro, sin saber todavía a qué

¹ El primer signo es el de los huesos en el campo: el espíritu de Dios soplará sobre ellos y los convertirá en seres vivientes; el segundo signo es el relativo a que Dios le pide al profeta que tome dos palos: en uno que escriba el nombre de Judá, y en el otro el de José (el pueblo dividido en dos mitades y disperso); le pide Dios que una los dos palos para que de dos se haga solo uno.

es debido. Los prodigios que realiza Jesús están generando una esperanza mesiánica en el pueblo y los dirigentes están perdiendo autoridad. Hay que matarlo, así de sencillo. Hay que acabar con el problema de raíz.

Por eso se reúne el sanedrín. En el sanedrín estaban tanto los fariseos como los saduceos. Los fariseos no eran un partido político; su único interés era vivir de acuerdo con la ley en todos sus detalles, y no les importaba quién los gobernaba, con tal de que les permitiera seguir su obediencia meticulosa a la ley². Por otra parte estaban los saduceos, que eran intensamente políticos. Eran el partido aristocrático y rico; y eran el partido colaboracionista: con tal que se les permitiera retener sus riquezas, comodidades y posición de autoridad, estaban dispuestos a colaborar con Roma. Todos los principales sacerdotes eran saduceos. Y está claro que eran ellos los que dominaban el sanedrín. Es decir: que fueron los saduceos los que lo dijeron todo en este trozo del evangelio que hemos escuchado.

Los saduceos eran declaradamente descorteses. Flavio Josefo³ dice de ellos⁴ que «el comportamiento de los saduceos entre sí era bastante rudo, y su relación con sus iguales era tan áspera como con los extranjeros.» Por eso es que hemos escuchado decir a Caifás «*Ustedes no tienen ni idea*». «*Ustedes son estúpidos y tienen la cabeza vacía*.» Este es un ejemplo de la arrogancia innata y avasalladora de los saduceos en acción; este era exactamente su carácter. La habilidad diplomática y política de Caifás, por otro lado, se advierte en el hecho de que, frente a los procuradores romanos, supo mantenerse en el cargo durante 19 años, más tiempo que todos los otros pontífices del siglo I⁵.

Además, la única cosa que interesaba realmente a los saduceos era retener su poder y prestigio político y social. Lo que temían era que Jesús consiguiera muchos seguidores y provocara un conflicto con el gobierno. Los romanos eran tolerantes en muchas cosas; pero, con un imperio tan extenso que gobernar, no podían permitir desórdenes civiles, que siempre sofocaban con un contundente puñetazo sobre la mesa, donde más dolía. Y donde más duele a un judío es el templo. Si Jesús fuera el causante de un desorden civil, Roma se echaría encima con todo su poder, y no cabía la menor duda de que los saduceos perderían su posición de autoridad.

Así es que los saduceos insistían en que había que eliminar a Jesús, porque si no los romanos se les echarían encima y les quitarían sus privilegios. El año 70 d.C. los romanos, cansados de la testarudez judía, sitiaron Jerusalén, y la convirtieron en un montón de ruinas, llegando hasta a pasar simbólicamente el arado por la explanada del templo. El puñetazo se iba a dar, pero todavía no.

Caifás, desde su orgullo, acusa a sus colegas de que “no saben nada”, pero para Juan, es él el que está sumergido en la más oscura ignorancia, porque, sin saberlo, y muy a su pesar suyo, profetiza la intención de Dios: **dar vida y unificar**. Dar vida, porque es necesario **que uno muera** por el pueblo, para que viva, y unificar para que la nación no perezca por entero y que todos los dispersos

² Cfr. WILLIAM BARCLAY. *Comentario al Nuevo Testamento. Tomo 6. Evangelio de San Juan II*

³ Flavio Josefo fue un historiador judío fariseo que vivió del 37 al 101 de nuestra era.

⁴ Cfr. FLAVIO JOSEFO. *La guerra de los judíos 2:8,14*

⁵ Cfr. RUDOLF SCHNACKENBURG. *El Evangelio de San Juan II*. Ed Herder. Barcelona 1980

se unan. Es, por tanto, desde aquí desde donde hay que leer la primera lectura de Ezequiel. Para Juan, el «uno» es el modo de ser propio del Padre y del Hijo; el discurso de despedida explicitará que **la unidad de todos los reunidos consiste en su comunión en el Hijo con el Padre.**⁶

Juan subraya que era verdad que Jesús iba a **morir**, pero **para reunir a los que estaban dispersos**. Ni los fariseos, ni los saduceos ni el pueblo se dio cuenta del «cómo» de Dios: no se imaginaban que se iba a realizar en silencio; que Dios iba a plantar su Presencia en medio de su pueblo en la humildad de una muerte callada en la cruz; en la obediencia de Aquel que se entregó totalmente solo por amor. Y lo iba a hacer hasta el extremo.⁷

Caifás, que no vivió para contarlo, no se imaginaba que en el año 70, precisamente Jerusalén se quedaría, simbólicamente, sin la presencia, dadora de vida, de Dios en medio del pueblo, porque el Templo sería arrasado y el pueblo judío sería dispersado para siempre, perdiendo definitivamente su unidad. (Este dato Juan sí lo sabe a la hora de escribir el evangelio).

El último comentario del evangelista sobre que Jesús se retira a Efraín, está cargado de dramatismo. El ambiente en Jerusalén es explosivo y la decisión ya está tomada: hay que matar a Jesús.

⁶ XAVIER LÉON-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan II*. Ed. Sígueme. Salamanca 1992

⁷ Cfr. Jn 13,1